

Gloria A. Franco Rubio: "Teresa Montalvo O'Farrill: una *salonière* criolla en la sociedad española finisecular"<sup>1</sup>, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, C. CAMARERO BULLÓN Y M. LUZZI TRAFICANTE (coords.): *La Corte de los Borbones: Crisis del modelo cortesano*. Madrid. Ediciones Polifemo, 2013. Volumen II, pp. 1259-1280.

"El salón de mi madre era el centro de todo lo más distinguido de Madrid pocas mujeres; pero bien escogidas; les mostraba amistad y nunca hablaba mal de ellas: más no tenía intimidad con ninguna; así fue siempre querida, y jamás tuvo quejas de ellas. La reunión de hombres era más numerosa. Allí se veían los literatos más célebres de la época, y la mayor parte de los hombres que ocupaban entonces puestos elevados, y han hecho después los primeros papeles en el gobierno. Mi madre tenía mesa franca para sus amigos; así se proporcionaba el gusto de una tertulia numerosa, el hechizo de la confianza, y muchas veces en aquellas meriendas tan animadas, se han cogido las primicias de los más hermosos versos de Arriaza, de Quintana, de Maury o de Meléndez"<sup>2</sup>.

Esa imagen favorable que acabamos de leer, donde podemos percibir una cierta dosis de admiración hacia nuestra protagonista, Teresa Montalvo, es la que nos legó por escrito en sus *Memorias* su hija Mercedes, la futura Condesa de Merlin. Sin embargo, como suele suceder, no todas las personas que la conocieron y trataron fueron unánimes en esa opinión, y se encuentran también juicios negativos, algunos de ellos muy significativos por la personalidad de quienes los emitieron, como podremos observar a continuación. A modo de muestra, uno de la propia reina María Luisa, quien tuvo ocasión de conocerla y tratarla durante algún tiempo, tanto a ella como a su marido, que sugiere no haberle inspirado demasiada simpatía ya que no muestra hacia ella ninguna cordialidad sino bastante desprecio:

"Soy mujer, aborrezco a todas las que pretenden ser inteligentes, igualándose a los hombres, pues lo creo impropio de nuestro sexo, sin embargo de que las hay que han leído mucho y habiendo aprendido algunos términos del día, ya se creen superiores en talento a todos; tal es la Jaruco y otras varias, y no digo nada de las francesas..."<sup>3</sup>

A Lady Holland, otra de las extranjeras afincadas en Madrid durante un tiempo, cuyo salón solía convertirse con frecuencia en el punto de encuentro de la flor y nata de la sociedad madrileña, tampoco parece haberle suscitado ningún atractivo ya que, con una cierta ambivalencia mezcla de admiración y desprecio al mismo tiempo, la

---

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación HAR2011-26435-C03-01, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

<sup>2</sup> Condesa de Merlin: *Mis doce primeros años*. Filadelfia, 1838. Tomo I, pp. 199-200.

<sup>3</sup> Carta de María Luisa a Godoy del 21 de mayo de 1804. Citada por P. Demerson: *María Francisca de Sales Portocarrero, Condesa de Montijo. Una figura de la Ilustración*. Madrid. Editora Nacional, 1975, p. 301.

describió como una "hermosa habanera en extremo voluptuosa"<sup>4</sup> condicionada, posiblemente, por la belleza física y el atractivo que irradiaba su brillante personalidad junto a unas dotes de seducción que sabía manejar en su beneficio con gran maestría.

De la misma manera, como era de esperar, su posicionamiento afrancesado durante la Guerra de la Independencia hizo surgir comentarios muy negativos hacia ella acusándola de antipatriota, como puede observarse en las palabras de un folleto anónimo publicado en Cádiz a propósito de su tertulia:

..."con su agasajo y el atractivo de sus hijas embelesa y seduce a los concurrentes, hace mucho más estrago en los corazones incautos, que arengas y añagazas del supuesto y meloso General (O'Farril)"<sup>5</sup>

¿Quién era Teresa Montalvo? ¿por qué nos hemos querido fijar en ella y la hemos denominado *salonière* además de considerarla una mujer singular en la convulsa sociedad madrileña finisecular?, ¿dónde y en qué reside su protagonismo? A esos y otros interrogantes que puedan ir surgiendo, intentaré responder en estas páginas, empezando por exponer algunas de las razones que pueden ayudarnos a comprender la relevancia del personaje estudiado. Primeramente, porque representa a ese grupo de mujeres notables que descollaron en la corte de los Borbones como brillantes conversadoras, anfitrionas de salones y mediadoras de relevantes tertulias. Segundo, porque conforma una muestra de esa cultura de la conversación que se mueve entre la cultura galante y el ambiente mundano pero que, al mismo tiempo, propicia la conversión de las prácticas de sociabilidad en prácticas políticas puesto que saben tejer a su alrededor una red más o menos tupida que va enhebrando una maraña de hilos donde se ejerce la política al más alto nivel, mostrando la convergencia e interacción entre las relaciones culturales con las políticas y económicas.

Asimismo, porque se convierte en la principal valedora de su marido en la Corte, tanto en su presencia como en su ausencia. En efecto, cuando él se hallaba presente, sabía desplegar sus buenas maneras y exquisitos modales para facilitarle las cosas ante aquellos personajes que podían ayudarle a conseguir sus objetivos económicos. De igual

---

<sup>4</sup> J. L. Prieto Benavent: "Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlín". *Revista Hispano-Cubana*. 13 (2002), pp. 83-96, p. 85.

<sup>5</sup> Citado por E. Martín-Valdepeñas Yagüe: "Mis señoras traidoras: las afrancesadas, una historia olvidada". *Revista HMiC*. VIII (2010), pp. 79-107, p. 87.

manera, procuraba mantener las mismas relaciones con todos ellos cuando aquél se encontraba ausente, en aquellas ocasiones en que tuvo que desplazarse a La Habana, y trasladar allí su residencia durante periodos más o menos prolongados; tuvo que hacerlo, bien como agente en Madrid de la sacarocracia cubana o para velar por las propiedades familiares cuyos intereses le convenía salvaguardar, bien para desempeñar los cargos gubernamentales para los que había sido propuesto, debido, fundamentalmente a las relaciones que ella había sabido cultivar. La elevada posición que supo ganarse en la sociedad le hizo optar por permanecer en Madrid junto a sus tres hijos tras la muerte de su marido, abandonando definitivamente la idea de volver a La Habana; una ciudad que, a esas alturas de su vida debió parecerle lo suficientemente lejana y, hasta cierto punto desconocida, como para no sentirse tan cómoda como lo estaba en la Corte española, donde había pasado la mayor parte de su vida. y donde podría velar mucho mejor por el futuro de ellos. Por último, porque vive en una coyuntura histórica excepcional, de transición entre dos épocas marcadas por la guerra de la Independencia, ya que vivió los reinados de Carlos IV y de José I, formando parte de ambos círculos cortesanos, convirtiéndose en "afrancesada" manteniendo el mismo status que había gozado hasta el momento. Su muerte en esos años la libró del posible destierro a donde, con toda seguridad, habría sido enviada tras el acceso al trono de Fernando VII.

Al hilo de esas consideraciones, trataré de mostrar el importante papel jugado por una mujer que, procedente del mundo colonial llega a Madrid, una ciudad completamente distinta en todos los sentidos a su Habana natal, en la que no conoce a nadie y donde la sociedad que la acoge lo hace en función de su esposo y del papel que éste desempeñaría paulatinamente en ella. Sin embargo, eso no le supondría mayor problema porque supo ir derribando los obstáculos que pudieron ir apareciendo en su camino hasta lograr hacerse un hueco donde brillaría con luz propia desde el cual contribuiría a fortalecer la posición de su marido y, en consecuencia, la suya propia. Poco a poco iría dándose a conocer, a trabar relaciones con influyentes personajes, hasta convertir su casa en un lugar de reunión que, en realidad, jugaría un papel de verdadera antesala de negocios políticos y económicos que iba a procurar importantes beneficios tanto a su marido como a las familias de la sacarocracia cubana con las que él mantenía estrechos lazos de amistad y parentesco. Esa es la opinión que nos proporcionan varios estudiosos como Johanna von Grafenstein, quien no duda en calificarla de "activa

representante de la corte de Carlos IV como lo prueba su correspondencia oficial destinada a gestionar licencias y apoyos para negocios de su esposo"<sup>6</sup> o Allan Kuethe, quien afirma que "ella velaba en Madrid por los negocios de la familia mientras que su marido velaba en Cuba"<sup>7</sup>.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que este trabajo se inserta en un estudio más amplio llevado a cabo sobre la visibilización de toda una serie de mujeres que tuvieron un indudable protagonismo en la sociedad madrileña de la segunda mitad del siglo XVIII en varios terrenos como el de la cultura, tomando la pluma y convirtiéndose en escritoras o traductoras, o vinculándose a los instrumentos de difusión de las ideas ilustradas como la prensa periódica, ya sea insertándose en las instituciones sociales promovidas desde el poder -como la Junta de Damas de Honor y Mérito- o, simplemente, como conductoras de tertulias que suscitaban una gran atracción entre las elites políticas y culturales de la sociedad madrileña. De todas ellas voy a referirme a estas últimas cuya presencia social se establece por haber sabido concitar a su alrededor la presencia y la compañía de los personajes más conspicuos de la época, tanto en el terreno intelectual, como en el cultural y político, en definitiva, desarrollando y poniendo en práctica la llamada "cultura de la conversación".

### **La cultura de la conversación.-**

Aunque las primitivas tertulias existentes en España siempre habían estado muy polarizadas en el debate erudito, literario o científico, la asunción por parte de sus miembros del ideario ilustrado y de valores en alza, como la sensibilidad y el humanitarismo, el servicio a la nación, la búsqueda del progreso y la regeneración nacional, la común felicidad y la utilidad pública, operó un cambio en su orientación ideológica de tal manera que las discusiones acabaron derivando hacia cuestiones de interés general; a partir de ese momento, muchas de ellas se volcarán hacia actividades públicas que, con la trascendencia que ello implica, tendrán que ver más con los grandes problemas del estado que con la conversación erudita, mientras otras, circunscritas al ámbito privado, se dedicarán a actividades mundanas y lúdicas en el más

---

<sup>6</sup> J. von Grafenstein: *El Golfo-Caribe y sus puertos: 1600-1850*. México D.F. Instituto Mora, 2006. p. 221.

<sup>7</sup> A. J. Kuethe: *Cuba, 1753-1815. Crown, Military and Society*. Knoville, 1986, pp. 164-165.

puro entretenimiento, siendo decisivas en la evolución del marco general de las costumbres y hábitos sociales en esa época.

Esta capacidad de multiplicación de la tertulia en otros modelos culturales le hizo convertirse no solo en la pieza clave de la cultura borbónica sino en el auténtico símbolo de la sociabilidad dieciochesca, pasando de ser una mera reunión, más o menos informal y a título privado entre intelectuales y eruditos, a transformarse en foros de debate político y filosófico, bien de carácter oficial como las Reales Academias y las Sociedades Económicas de Amigos del País, o alrededor de relevantes personalidades como en el caso de las tertulias domésticas, los Salones y los cafés<sup>8</sup>.

Sabemos, no obstante, que dichos círculos no fueron homogéneos en cuanto a la condición social o estamental de sus miembros; de hecho la eclosión del movimiento académico, en la primera mitad de la centuria, estaría más ligado a un ambiente culto, minoritario y en buena medida elitista, puesto que sus socios son nobles, aristócratas, clérigos, profesores universitarios, magistrados y abogados, intelectuales y altos funcionarios. En cambio, conforme avance el siglo y se vayan constituyendo salones y tertulias privadas, hallaremos un ambiente más variopinto pues en ellos se mezclan los grupos anteriormente citados con escritores, dramaturgos, pintores, actores, artistas y mujeres. Por el contrario, en las sociedades económicas, desde su génesis, se encuentra una mayor diversificación social ya que además de aristócratas y clérigos encontraremos todo tipo de funcionarios (Administración central, territorial y local), miembros de los ayuntamientos, militares, abogados y, sobre todo, comerciantes, agricultores y artesanos, a menudo identificados con los principios de la Ilustración. Esa heterogeneidad social muestra el profundo cambio experimentado entre las minorías dirigentes y la diversificación de las elites en la monarquía española del Setecientos.

En la actualidad se ha querido deslindar el mundo de las tertulias del estudio de la cultura del salón y de la función socio-cultural desarrollado por la "salonière" debido a su distinta significación social. Entre las razones que se podrían aducir para distinguirlas encontramos las siguientes: en primer lugar, por su génesis, debida a la iniciativa de una

---

<sup>8</sup> G. A. Franco Rubio: "Tradición y modernidad: la construcción de nuevos modelos culturales en la España del siglo XVIII", en Eliseo Serrano Martín (ed.): *Felipe V y su tiempo*. Zaragoza. Publicaciones de la Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2004. Tomo II (pp. 659-707).

mujer, generalmente la anfitriona de la casa donde se ubica aquél, con una cierta personalidad que le permite concitar a su alrededor la presencia de los individuos más significativos, que acuden a las reuniones para comentar, discutir y criticar los temas de actualidad, acostumbrándose ella misma al ejercicio intelectual de crítica que conlleva la contrastación de opiniones diversas. Segundo, por lo significativo de la relevancia de una mujer en medios mayoritariamente masculinos donde va a poder asumir un papel principal, como interlocutora en pie de igualdad en las conversaciones o como mediadora en las discusiones, si se hacía necesario; de esa manera pudo disfrutar, en el ámbito semiprivado de una residencia particular, de una posición privilegiada y un prestigio que era difícil de alcanzar en ningún otro ámbito.

En tercer lugar, por las oportunidades que ofreció a las mujeres de involucrarse con la ideología social ilustrada, haciéndoles partícipes de una ideología novedosa que acabará minando las bases del Antiguo Régimen y convirtiendo a los súbitos en ciudadanos. Cuarto, por la transformación en las relaciones entre los sexos que originó, propiciando un cambio en el trato entre hombres y mujeres, a pesar de los prejuicios heredados, que facilitó el respeto y la autoridad femeninas. En último lugar, por su rápida transformación en un foco generador de crítica y opinión, permitiendo a las mujeres sumarse al fenómeno de aparición, desarrollo y consolidación de la opinión pública.

En definitiva, el salón se nos revela como uno de los espacios más libres en el ejercicio de la sociabilidad moderna, que proporcionaba a las mujeres de las elites un foro de intercambio intelectual que no existía en ningún otro punto de la sociedad, permitiéndoles el acceso a un colectivo individual y político con el que intercambiar conocimientos, un medio donde expresar sus opiniones y obtener relevancia individual, y una oportunidad para relacionarse con personas de otros sexos con los que establecer relaciones de amistad, sintonía intelectual y afectos<sup>9</sup>.

Tradicionalmente se habla de cuatro grandes salones femeninos en la capital madrileña: el de la Condesa de Montijo, en la calle Duque de Alba; el de la Duquesa de

---

<sup>9</sup> G. A. Franco Rubio: "El salón parcialmente iluminado. Prejuicios, contradicciones y tópicos sobre las mujeres en los espacios de sociabilidad de la España ilustrada", en M<sup>a</sup>. I. Carzolio, R. I. Fernández Prieto y C. Lagunas (comp.): *El Antiguo Régimen. Una mirada de dos mundos: España y América.* Buenos Aires. Prometeo Libros, 2010, pp. 151-174.

Osuna en la Cuesta de la Vega y en El Capricho, su residencia de verano a las afueras de Madrid; el de la Marquesa de Fuerte Híjar, y el de la Duquesa de Alba en el palacio de Buenavista<sup>10</sup>. Pero no debemos olvidar otras tertulias y reuniones en casa de importantes figuras femeninas donde también se celebraban reuniones de este tipo aunque sin la notoriedad de las anteriores, donde podemos citar a la Duquesa del Infantado en su palacio de las Vistillas; a la marquesa de la Sonora en la calle de San Bernardo; a la Duquesa de Villahermosa en la carrera de San Jerónimo; a la Duquesa de Huéscar, académica honoraria de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; a la Marquesa de Teba; a la Duquesa de Gandía, a la Condesa de Trullás o a Rita Barrenechea, Condesa del Carpio, cuya tertulia nos la ha dejado descrita el viajero inglés Joseph Townsend:

"todos, a excepción de un italiano, eran españoles, y la diversión habitual un juego de cartas. Cerraba allí la velada una cena ligera. El conde llegaba antes de las diez, y cuando no iba al teatro pasaba la tarde con su familia. El es un hombre culto y sensible, y ella puede animar cualquier reunión con su sola presencia"<sup>11</sup>.

En este universo de espacios femeninos hay que resaltar también algunas mujeres extranjeras que, por diferentes motivos -generalmente determinado por su status de esposa de diplomáticos, de artistas, de comerciantes etc.-, tuvieron que establecer su residencia en España y también lograron reunir , en su domicilio reuniones y tertulias similares a las que acabamos de hacer referencia. Entre ellas destacaremos a Cecilia Vanvitelli, hija del famoso arquitecto italiano que había trabajado para Carlos III en Nápoles y que después lo seguiría haciendo en España, casada con el arquitecto Sabattini a pesar de la gran diferencia de edad existente entre ellos. Conocemos su tertulia por la descripción que hizo de él Casanova en su Memorias; se desarrollaba en la vivienda familiar cuando el matrimonio se hallaba en Madrid, ya que pasaba largas temporadas en Nápoles; estaba situada en la calle de la Reja hasta el año 1790 en que el matrimonio decide mudarse a otra casa situada en la plaza de los Afligidos esquina a Leganitos. Era una tertulia fundamentalmente dedicada a las artes, donde solían acudir los artistas italianos residentes en la corte y que trataban sobre todo a su marido como

---

<sup>10</sup> C. Iglesias: "La nueva sociabilidad: mujeres nobles y salones literarios y políticos", en C. Iglesias (ed.): *Nobleza y Sociedad en la España Moderna*. Oviedo, 1997, pp. 179-229; P. Fernández Quintanilla: *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*. Madrid. Ministerio de Cultura, 1981 y G. A. Franco Rubio: "El salón parcialmente iluminado..."

<sup>11</sup> J. Townsend: *Viaje a España hecho en los años 1786 y 1787*. En J. García Mercadal: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid. Aguilar, 1962. Tomo III, p. 1484.

Mengs, Juan Tami o Felice Gazzola, además de otros residentes de su misma nacionalidad o viajeros de paso como el mismo Casanova<sup>12</sup>.

Igualmente podemos citar a la criolla franco-americana Felicitas o Feliciana de Saint Maixent, viuda de Bernardo de Gálvez, que había sido Gobernador de la Florida y posteriormente Virrey de Nueva España. Tras el fallecimiento de su marido en 1787 trasladó su residencia a Madrid, instalándose en una casona con jardín y patio en la corredera baja de San Pablo, despertando la atención de la sociedad madrileña tanto por su belleza como por la importante posición que había ostentado en la sociedad colonial. En sus inicios, congregaba una tertulia literaria en la que solo se hablaba francés y a donde solía acudir Cabarrús, que había sido muy amigo de su marido; muy pronto se abriría a otros personajes que constituían lo más granado de la sociedad madrileña, y en su casa podía verse a políticos como Aranda y Jovellanos, además del ya citado Cabarrús, literatos como Moratín y artistas como Sabattini. Entre las mujeres que solían asistir se encontraba Teresa Montalvo, con la que trabó una gran amistad. Lamentablemente para ella la fortuna no le duró mucho tiempo, acabando en desgracia y teniendo que marchar al exilio; parece ser que las causas de sus desgracias hay que buscarlas en las malas relaciones que siempre tuvo con su familia política, especialmente la inquina que le tenía la Marquesa de la Sonora, y a su amistad con Cabarrús, siendo una víctima de la lucha entre éste y Lerena<sup>13</sup>.

La alemana Duquesa de Berwick, otra de las extranjeras residentes en la Corte mientras su marido desempeñaba el cargo de Embajador de Gran Bretaña, acostumbraba a organizar tertulias y recepciones similares donde acudía personal diplomático acreditado en España. Según el viajero inglés Townsend las veladas transcurridas en su casa

"eran las más agradables (...) No solamente la presencia de la duquesa y de su hermana, la princesa de Stolberg, sino también la amabilidad y la libertad de que allí se gozaba,

---

<sup>12</sup> A. Martínez Medina: *Espacios privados de la mujer en el siglo XVIII*. Madrid. Dirección General de la Mujer, 1995, p. 63.

<sup>13</sup> E. Beerman: "El Conde de Aranda y la tertulia madrileña (1788-90) de la viuda de Bernardo de Gálvez", en E. Serrano Martín, E. Sarasa Sánchez y J.A. Ferrer Benimeli (dir.): *El Conde de Aranda y su tiempo*. Zaragoza. Institución Fernando el católico, 2000, pp. 349-362, y "La bella criolla Felicitas de Saint Maxent, viuda de Bernardo de Gálvez, en España", en E. Garrigues López-Chicheri (coord.): *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*. Madrid. Fundación Consejo España-Estados Unidos, 2008, pp. 281-296.



contribuían a hacer pasar el tiempo deliciosamente. La duquesa y tres de sus amigos ocupaban una mesa de whist, algunos se retiraban a conversar, otros escuchaban el piano, y la princesa se entretenía casi todas las tardes durante un rato dibujando bajo la dirección del embajador prusiano, cuyo buen gusto y destreza le convierten en uno de los mejores dibujantes. Por mi parte, solía tomar el lápiz y así aprovechaba estas lecciones. A las once nos sentábamos a disfrutar de una refinada cena, y hacia la una de la madrugada me retiraba (...) El duque generalmente llegaba a casa a cenar, pero enseguida se acostaba"<sup>14</sup>.

El mismo Townsend hace referencia a la tertulia de la duquesa de Vauguon, en cuya casa se reunían franceses en su mayor parte. "Las comidas eran allí magníficas, la compañía numerosa y la conversación interesante; comí allí más frecuentemente que en ninguna otra mesa de Madrid, porque me veía menos atraído por la magnificencia que la frecuentaba que por la libertad y la afabilidad del duque y la duquesa y la amable sencillez de sus hijos"<sup>15</sup>.

No se puede acabar este recorrido sin aludir a la tertulia de la británica Lady Holland que conformaba una nutrida concurrencia, compuesta de nobles y aristócratas como el Duque del infantado, los Marqueses de Villafranca, los Duques de Osuna, el Duque de Gravina y el Conde de Fuentes, entre otros; embajadores de las distintas legaciones de las naciones europeas radicadas en España; políticos como Jovellanos, Gonzalo O'Farrill, Capmany o Miguel Ricardo de Álava; y singulares mujeres como la Condesa de Montijo. Desde el principio constituye un interesante marco de hospitalidad que, andando el tiempo, se trasladaría a su residencia de Londres, donde se hallarán presentes muchos de los antiguos tertulianos españoles que la visitaban en Madrid<sup>16</sup>.

### **María Teresa Montalvo O'Farril ( 1771-1812).-**

Nació en La Habana el 22 de septiembre de 1771 y murió en Madrid de una afección pulmonar el 17 de abril de 1812, siendo enterrada en la parroquia de Santiago y San Juan. Pertenciente a una de las familias más adineradas de la isla, era hija de Ignacio Montalvo Ambulodi y de María Josefa O'Farril Herrera. Su abuelo materno era

---

<sup>14</sup> J. Townsend: opus cit., p. 1484.

<sup>15</sup> J. Townsend: Ibidem, p. 1482.

<sup>16</sup> M. Moreno Alonso: *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*. Madrid. Congreso de los Diputados, 1997 y E. Vassal Fox Holland: *The Spanish Journal of Elisabeth Lady Holland*. Earl Ilchester, 1910. Reedición de Kessinger Publishing LLC. West Glacier (Montana, USA), 2010.

el Conde de casa Montalvo, Coronel del Regimiento de Dragones Voluntarios de la provincia de Matanzas, en Cuba<sup>17</sup>.

Podemos señalar varios periodos cronológicos que marcan su trayectoria vital; el primero, entre 1771-1783, es la de su infancia y juventud que transcurren en La Habana, lugar de su nacimiento, habitando el hogar familiar, donde recibe la educación adecuada a su posición social, propia de su status; fueron años de formación donde comienza a forjarse su personalidad al tiempo que aprende las costumbres sociales de la época. El segundo se desarrolla entre 1783-1789 y viene marcada por su matrimonio, concertado cuando tenía doce años. En efecto, como consecuencia de esas estrategias calculadas por las familias pudientes a la hora de concertar una alianza matrimonial, se dispuso su casamiento, cuando apenas tenía doce años, con un joven poco mayor que ella, de quince, tras recibirse la preceptiva licencia de la Cámara de Indias, en enero de 1786<sup>18</sup>; el elegido era Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas (1769-1807), perteneciente a la familia de los condes de Jaruco<sup>19</sup>, cuya casona estaba situada en la Plaza Vieja de la Habana, de quince, uniéndose así dos familias criollas de la nobleza titulada. Su temprano matrimonio le hará abandonar la juventud que apenas había empezado a disfrutar, para sumirla en la maternidad, ya que en 1789 nace su primogénita, María de las Mercedes, la futura escritora Condesa de Merlin.

En 1789 su marido es comisionado para desempeñar un cargo al servicio del rey por lo que el matrimonio debe marchar a España y establecer en ella su residencia. Los años transcurridos entre 1789-1807 son realmente decisivos pues, a partir de ese momento, su futuro aparece ligado a la carrera social y profesional de su marido pero es también la etapa en que se desarrolla y madura su verdadera personalidad. Como era habitual en la época, la pareja aprovecha el viaje a Madrid para realizar el "Grand Tour" que les llevaría a visitar otros países europeos como Inglaterra, Alemania, Francia e

---

<sup>17</sup> Allan J. Kuethe: "La fidelidad cubana durante la edad de las revoluciones". *Anuario de Estudios Americanos*. LV (1998), pp. 209-220. En 1790 el número de títulos de Castilla en Cuba era de 20; dos de ellos Condado de Casa Montalvo y Condado de San Juan de Jaruco están relacionados con este matrimonio. La familia cubana más poderosa era los O'Farril, emparentados con los Montalvo.

<sup>18</sup> M. Chust Calero e I. Frasset: *Los colores de la independencia iberoamericana: liberalismo, etnia y raza*. Madrid. CSIC, 2009.

<sup>19</sup> Además de la condición social y económica preeminente que disfrutaban en la isla, practicaron también el mecenazgo cultural, ya que costearon a sus expensas la construcción de la iglesia y colegio de San Francisco de Sales en la Habana, posiblemente al estilo de las Salesas Reales de Madrid, la fundación real de Bárbara de Braganza para la educación de las niñas nobles.

Italia. El propio traslado a España, previo paso por las naciones europeas citadas le proporcionó un bagaje y una experiencia que se verá incrementada con su estancia en la Corte, lejos de su círculo familiar, lo que le hizo ser más independiente y personal; se acomodó de lleno al ambiente cortesano y galante que se disfrutaba en ella a finales de siglo y allí tuvo dos hijos más, María Josefa y Francisco Javier. Nunca volvería a su ciudad natal, ni siquiera cuando tuvo que hacerlo su marido en varias ocasiones; debemos suponer que debió cortar paulatinamente sus lazos con ellos ya que no se conserva ninguna correspondencia entre ella y sus familiares. En 1807, cuando contaba treinta y siete años, muere su marido dejándola viuda con tres hijos aún pequeños.

A partir de ahora comienza la etapa de su viudedad, prolongada hasta su muerte en 1812. Su preocupación fundamental en estos años fue sobrevivir en circunstancias adversas, salvar y conservar sus propiedades, y procurar un buen casamiento para sus hijas. Fueron años difíciles no solo por los acontecimientos que le tocó vivir, de manera personal, sino por los que se sucedieron en España, con una crisis de estado y un conflicto bélico. Durante su matrimonio, debido a las prolongadas ausencias de su marido había sido ella quien se encargó personalmente de supervisar la educación de sus hijos, mostrándose severa y rigurosa, siempre pendiente de ellos. Su hija Mercedes dice al respecto lo siguiente:

"aislándonos de esta manera mi madre había querido evitar toda influencia extraña en nuestra educación moral y conservar un imperio absoluto sobre nuestras impresiones, guiándonos según su conciencia"<sup>20</sup>

Es entonces cuando su faceta de madre se impone sobre cualquier otra. Para su hijo, el futuro heredero de los títulos y propiedades familiares, prefirió una educación lo más exquisita posible, de modo que lo envió a París para lograr su mejor preparación. No quiso dejarlo solo y ella misma lo acompañaría personalmente, alargando su estancia en la capital francesa durante dos meses, una ciudad a la que no había vuelto desde que vino a Europa. Años después, durante la guerra, ante la incertidumbre de los hechos, lo hizo venir desde París para enviarlo a La Habana por dos motivos; salvar su vida poniendo el océano por medio, y que en aquella ciudad recuperara y velara por sus bienes. A pesar de la angustia que padeció mientras hacía el traslado, el viaje desde París a Madrid iba a transcurrir sin grandes incidentes y Teresa pudo abrazar a su hijo

---

<sup>20</sup> Condesa de Merlin: *Memorias y recuerdos...*, p. 14.

después de varios años sin verle. El nuevo problema que ahora se planteaba era cómo llegar a Cádiz sano y salvo para embarcar rumbo a Cuba, teniendo que cruzar, necesariamente, los frentes de batalla existentes en los territorios de tan amplia zona. Tuvo suerte porque el hijo pudo llegar a San Fernando, donde fue bien acogido por los antiguos amigos de Teresa, ahora convertidos en representantes de la nación, algunos como diputados en las Cortes. Unas noticias que "inundaron de júbilo el corazón de Teresa"<sup>21</sup>.

Del mismo modo, se encargó personalmente de arreglar los matrimonios de sus hijas. María Mercedes, su primogénita, se casó con un general bonapartista, el Conde de Merlin, y durante unos años mantuvieron el domicilio conyugal en Madrid lo que le dio a su madre la oportunidad de continuar visitándola y tratándola, hasta que su marido fue trasladado a Francia. Ahora fijarían su residencia en París donde la condesa llegaría a tener un salón que la haría célebre además de convertirse en una escritora ilustre<sup>22</sup>. Josefa, la segunda, contrajo matrimonio con su primo Pedro Sáez, hijastro (era hijo de su mujer) del ministro de José I Gonzalo O'Farril, tío abuelo de Teresa, con el que prácticamente se había criado.

Su marido, Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas (1769-1807), siendo muy joven había ingresado en el Regimiento de Reales Voluntarios de Infantería de las milicias de La Habana (1783)<sup>23</sup>; un punto de partida para el comienzo de una carrera profesional vertiginosa en la que hay que destacar, por un lado, su posición entre la oligarquía azucarera cubana y las élites criollas habaneras y, por otro, las buenas relaciones que mantendría junto al monarca y los políticos de sus equipos gubernamentales, fundamentalmente con Godoy. Poco después de su llegada a Madrid le veremos ir recibiendo sucesivos nombramientos que le posibilitan ocupar importantes cargos palatinos y militares: Gentilhombre de la Real Cámara en 1792<sup>24</sup>; Subinspector de las

---

<sup>21</sup> En ese estado emocional la describe su hija Mercedes; vid. Condesa de Merlin: *Ibídem*, Tomo II, p. 38

<sup>22</sup> M<sup>a</sup> V. López-Cordón: *opus cit.*

<sup>23</sup> A.G.S. G.M., Leg. 50, Exp. 60.

<sup>24</sup> A.P.R.M., Carlos IV. Cámara, Legajo 1. Según J.B. Amores Carredano: *Cuba en la época de Ezepeleta*. Pamplona. Ediciones de la Universidad de Navarra, 2000, p. 57, Jaruco compró el cargo de Lugarteniente General de la Armada por un precio de 20.000 pesos, lo que le permitió mostrar un alto rango a su llegada a Madrid.

tropas de Cuba<sup>25</sup> y Caballero de la Orden de Calatrava en 1795; Subinspector General de la tropa veterana y provincial de la isla de Cuba<sup>26</sup> y Brigadier de Infantería (1795)<sup>27</sup>; Conde de Santa Cruz de Mopox (1796), una concesión hecha por Carlos IV ya que se había ganado los favores de Godoy<sup>28</sup>; Mariscal de campo (1802); Conde de San Juan de Jaruco en 1805 por muerte de su tía abuela Teresa Beltrán Santa Cruz, II condesa de San Juan de Jaruco. Incluso le sería otorgada la Grandeza de España tras su muerte, siendo recibida por su viuda, en nombre de su primogénito Francisco Javier<sup>29</sup>. Una de sus frustraciones en esos años fue no haber conseguido de Godoy un puesto diplomático<sup>30</sup>, aunque fue recompensado rápidamente con un hábito de la Orden de Calatrava<sup>31</sup>.

En febrero de 1792 fue nombrado Subinspector de las tropas en Cuba por lo que tuvo que regresar a La Habana, pero su mujer y sus dos hijos se quedaron en Madrid. Durante esos años sus buenas relaciones con la alta administración y, especialmente, con Godoy le permitieron realizar importantes negocios, siendo el más destacable la obtención del derecho exclusivo a exportar ron cubano a USA a cambio de trigo, según privilegio real de 1796, en asociación con aquél y con el Intendente de Hacienda José Pablo Valiente; pero esa prebenda le indispuso con los comerciantes habaneros que veían en peligro las reglas comerciales establecidas hasta entonces, y que les beneficiaban<sup>32</sup>. Volvería a Madrid en 1802, trayendo consigo a su hija primogénita Mercedes, la futura Condesa de Merlin, que hasta entonces había permanecido junto a su abuela en su ciudad natal, porque ya debía tener claro que su esposa jamás regresaría a la isla.

Su presencia en la Corte a finales de los ochenta y principios de los noventa hay que enmarcarla en la política llevada a cabo por un grupo de hombres de negocios

---

<sup>25</sup> A.G.S., D.G.T., INV. 2, Leg. 79. Según J. de la Pezuela: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba*. Madrid, 1863-1866. Tomo I, p. 335 este cargo lo obtuvo gracias a "las buenas relaciones que su esposa mantenía con la reina", p. 478.

<sup>26</sup> A.G.S., G.M., Leg. 50, Exp. 60.

<sup>27</sup> A.G.S., D.G.T., INV. 2, Leg. 79.

<sup>28</sup> A.H.N., Consejos, Leg. 8978, Exp. 412.

<sup>29</sup> A.H.N. Consejos, Leg. 5315, Exp. 4.

<sup>30</sup> D. Gonçalves: *Le planteur et le roi: l'aristocratie havanaise et la Couronne d'Espagne*. Madrid. Casa de Velázquez, 2008, pp. 224-244

<sup>31</sup> F.X. de Santa Cruz y Mallén: *Historia de familias cubanas*. Reedición en 2001, Ediciones Universal. Volumen 8, p. 349

<sup>32</sup> M<sup>a</sup> D. González Ripoll: *Cuba, la isla de los ensayos*. Madrid. CSIC, 2000.

habaneros ligados a la producción azucarera que, descontentos ante las medidas adoptadas por el Intendente de la isla, intentaron buscar el respaldo del gobierno como modo de mantener sus privilegios e intereses; sus iniciativas se materializaron en el envío de varios agentes cubanos como el II Conde de Buenavista en 1783 y Francisco Arango y Parreño en 1787, y ya en los noventa a Juan José Zequeria, futuro Conde de Lagunillas, al Marqués del Real Socorro y al Conde de Jaruco, como hemos visto<sup>33</sup>. Con quien mejor congenió fue con Arango a pesar de sus dispares personalidades, éste un economista, politólogo y buen administrador mientras que Jaruco era el típico aristócrata, mundano, "bon vivant" y deseoso de honores<sup>34</sup>; aun así la amistad entre ambos, unidos por intereses económicos y las ideas ilustradas, les benefició a los dos<sup>35</sup>. De hecho, tras la partida de Arango a La Habana los lazos no solo no se cortaron sino que se mantuvieron intactos a través de una nutrida correspondencia, en la que aquél le comunicaba las directrices a realizar para la buena marcha de los negocios cubanos; de hecho, compartía con Francisco Arango el privilegio de introducir en Cuba harina procedente de los Estados Unidos; en ese negocios estaban metidos los dos citados y el embajador de España en los Estados Unidos Carlos Martínez de Irujo. "El principal intermediario entre todos ellos era el conde de Jaruco", según Lilia Martín Bito<sup>36</sup>.

De nuevo vuelve a La Habana en 1796-1802 para llevar a cabo la empresa ilustrada que él mismo había propuesto poco antes, tras haber conseguido el visto bueno de Godoy<sup>37</sup>. En efecto, se le encargó la misión de estudiar la manera de repoblar e impulsar el desarrollo económico del interior de la isla. De esta manera impulsó la construcción del canal de Guimes para dar salida a las maderas de toda esa región y llevarlas al arsenal de La Habana. De paso, estimulaba la producción de los 26 ingenios azucareros allí existentes, propiedad de las grandes familias cubanas. Con su propio dinero financió

---

<sup>33</sup> M<sup>a</sup> D. González Ripoll: "Vínculos y redes de poder entre Madrid y La Habana: Francisco Arango y Parreño (1765-1837), ideólogo y mediador". *Revista de Indias*. 222, vol. LXI (2001) pp. 291-305.

<sup>34</sup> D. Gonçalves: opus cit.

<sup>35</sup> M<sup>a</sup> D. González Ripoll: "Vínculos y redes..."

<sup>36</sup> L. Martín Bito: *El desarrollo urbano de Cienfuegos en el siglo XIX*. Oviedo. Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1998

<sup>37</sup> F. de las Barras de Aragón: "Noticias y documentos de la expedición del Conde de Mopox a la isla de Cuba". *Anuario de Estudios Americanos*. IX (1952), pp. 513-548; M<sup>a</sup> P. Cuesta Domingo: "Expedición Mopox para el fomento de Cuba. Apuntes historiográficos", en *Milicia y sociedad ilustrada en España y América, 1750-1800*. Madrid, 2003. Volumen 2, pp. 117-150); J.A. Saco: *Colección de papeles científicos, histórico, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba*. Imprenta d'Aubusson y Kugelmann, 1858-1859. Tomo I, pp. 380-382.

la compra de la primera máquina de vapor que se introduciría en la isla<sup>38</sup>, con la que esperaba incrementar la producción y obtener buenos resultados económicos. Por su intermediación se proyectaría la creación de la ciudad de Jagua con criterios ilustrados. Según Cuesta Domingo fue una expedición "con claros objetivos de fomento y desarrollo del territorio. Una empresa de estado", que tuvo como consecuencia

"una importante aportación a la ciencia en el campo de la ingeniería (Obras públicas), la geografía, la cartografía y las ciencias naturales (explotación de recursos naturales) y hasta con proyectos de una reforma militar"<sup>39</sup>

Embarcado en esa empresa, murió repentinamente de hidropesía en 1807; su muerte le dejó lleno de deudas ya que había invertido parte de sus bienes en esas empresas; de hecho, con su fortuna personal se introdujo la primera máquina de vapor en la isla; además tradujo del francés un tratado de la época sobre la fabricación del azúcar<sup>40</sup>.

Una vez fijada su residencia en España, no sabemos a ciencia cierta donde instalaron su domicilio nada más llegar a Madrid; lo que sí sabemos es que en noviembre de 1792, cuando nace su hija María, se habían acomodado en una vivienda situada en la calle de la Luna ya que fue bautizada en la parroquia de San Martín, según consta en la partida de bautismo 47, folio 612<sup>41</sup>. La futura Condesa de Merlín, hablando de su casa, dice que una de las ventanas daba a la calle de los Panaderos, lo que corrobora el emplazamiento en la calle de la Luna<sup>42</sup>. Y en ella continuaría hasta los años de la guerra, como luego veremos. En ella, siempre según su hija "Tenía una excelente librería" donde se mezclaban obras serias con multitud de novelas. Tenía llave y cerradura a la que dejaba entrar a sus hijos aunque ella cuidaba de las lecturas que debían hacer, prohibiéndoles incluso algunos libros. Algunos de esos libros eran los siguientes: de Rousseau la *Nueva Eloísa* y las *Confesiones*, novelas de Richardson, de Madame de Genlis y de Madame de Stael<sup>43</sup>.

---

<sup>38</sup> L. Martín Bito: opus cit.

<sup>39</sup> M<sup>a</sup> P.: Cuesta Domingo: opus cit., p. 149.

<sup>40</sup> Lilia Martín Bito: opus cit.

<sup>41</sup> M. Fernández García: *Parroquias madrileñas de San Martín y San Pedro el Real: algunos personajes de su archivo*. Madrid. Caparrós editores, 2004.

<sup>42</sup> Condesa de Merlin: *Memorias y recuerdos ...* p. 124.

<sup>43</sup> Condesa de Merlin: *Ibidem*, p. 208-211.

Fue en la vivienda de la calle de la Luna donde Teresa comienza a destacar como anfitriona de un salón que acabaría por convertirse en uno de los más visitados; en él se pueden distinguir dos etapas que se corresponden con los reinados que le tocó vivir, el de Carlos IV y el de José I. La primera comienza con su llegada e instalación en Madrid, cuando su marido se dedica a llevar adelante sus negocios personales y los de las elites habaneras ligadas al azúcar y ella pone el salón al servicio de los negocios y relaciones de aquél, llegando a conocer a importantes personajes de la más elevada posición, donde se conjugaban prácticas de sociabilidad de todo tipo, desde simples tertulias a cenas y saraos, hasta representaciones teatrales y veladas musicales<sup>44</sup>, como era costumbre en la época. Sus relaciones con Godoy le dan acceso al propio rey y la reina; tanto es así que su segundo hijo nacido en Madrid, fue bautizado en la capilla real de Aranjuez<sup>45</sup>. Muy pronto transforman su salón en un punto de encuentro más plural al que, además de hombres de negocios y políticos, empiezan a acudir hombres de letras como Leandro Fernández de Moratín, Arriaza, Quintana, Juan Maury, Miguel de Mendinueta, Azanza (ex-*virrey* de la Nueva España), Meléndez Valdés<sup>46</sup> y Goya, que fue contratado como maestro de dibujo de sus dos hijos; es decir, "la élite del mundo artístico e intelectual de la época", en palabras de Carmen Vázquez<sup>47</sup>.

Su hija Mercedes, refiriéndose al ambiente vivido en esas reuniones sociales las describiría años más tarde como:

"¡Cenas encantadoras que mi madre presidía con tanta gracia y benevolencia!... Ella lo realizaba todo con sus buenos modales, haciéndose querer y admirar por todas las personas que la rodeaban. En su casa todo el mundo se veía colocado en su verdadero lugar; ella sabía mejor que nadie dar a conocer las personas tímidas, inspirándoles confianza; tocando suavemente la cuerda simpática de su entendimiento, las animaba a su antojo, al paso que con un tacto admirable dejaba en su puesto al tonto y al apreciable. En su tertulia cada uno estaba con toda satisfacción, libre y confiado como si fuera en su propia casa; y en medio de esta libertad y de esta confianza, reinaba el tono más perfecto, porque ella lo dirigía todo y era el alma de todo"<sup>48</sup> (...) "mi madre hallaba un atractivo particular en los hombres de letras y los llamaba a su casa"<sup>49</sup>.

---

<sup>44</sup> Su hija comenta con cierto detalle la presencia de la cantante *Catalini*. Vid. Condesa de Merlin: *Ibíd.*, p. 13.

<sup>45</sup> F. J. Santa Cruz de Mallén: *opus cit.*, p. 349.

<sup>46</sup> M<sup>a</sup> V. López-Cordón afirma que el dato sobre Meléndez pudo estar confundido en la memoria de la Condesa ya que en esos años estaba desterrado de Madrid, vid. "Vida y ficción ...", pp. 113-135.

<sup>47</sup> C. Vázquez: "De la Condesa de Merlín al Siglo de las Luces de Alejo Carpentier", en *En torno a las Antillas hispánicas: ensayos en homenaje al profesor Paul Estrade*. Fuerteventura. Publicaciones del Archivo Histórico Insular, 2004, pp. 510-516.

<sup>48</sup> Condesa de Merlin: *Memorias y recuerdos...* p. 21-22.

<sup>49</sup> Condesa de Merlin : *Ibíd.*, p. 21.



Una de sus contertulias habituales era la Condesa de Torre Alta, María Josefa de Zabala Aramburu que solía venir acompañada de sus dos hijas, Angustias y María Luisa Zuloaga, que se hicieron muy amigas de su hija Mercedes. Otra era la Condesa de Gálvez, Felicitas Maixent, que acostumbraba a traer con ella a su hijo Ignacio. Otra era la Duquesa de Osuna, de la que asegura su hija que apreciaba mucho a su madre.

A principios de 1803 debió caer "gravemente enferma en cama", y aunque desconocemos la enfermedad que padecía, el hecho de encontrarse sola en Madrid con sus hijos, en ausencia de su marido, debió de preocuparle lo suficiente como para disponerse a hacer testamento. Fue formalizado ante el escribano Manuel Payo Ordás el 2 de enero de ese año, donde declaraba hallarse en "sano y cabal juicio, memoria, entendimiento y voluntad"; dejaba como albacea a Antonio de Guzmán y Carrión, Capitán de fragata de la Real Armada, Segundo ayudante y Secretario de la Dirección General. Entre las disposiciones *post mortem* establecía que su cadáver fuera amortajado con el hábito de Nuestra Señora de la Merced, y sepultado de secreto en la parroquia donde fuera feligresa; ordenaba celebrar por su alma trescientas misas rezadas de a ocho reales de limosna cada una y entregar de una vez a los Santos Lugares de Jerusalén redención de cautivos, Reales Hospitales, General y Pasión de esta Corte, "y demás destinos píos acostumbrados en testamentos", veinte mil reales. La profunda preocupación por sus hijos, todavía de corta edad, junto a la lejanía de su marido, le lleva a encargar a su criada Isabel Sáenz la responsabilidad de continuar "como hasta aquí lo ha hecho, con el cuidado y cargo de la educación asistencia" mientras no volviera su padre, y al citado Antonio de Guzmán tutor y curador de ellos como "persona de mi mayor satisfacción y confianza, y la de mi marido"<sup>50</sup>.

Por esos años es cuando viajó a París acompañando a su hijo hasta dejarle instalado para seguir sus estudios. A su vuelta de la capital francesa le trajo un regalo a la reina pues había una costumbre establecida en Madrid consistente en que "toda señora recibida en la Corte que hacía un viaje a París debía traer una ofrenda a María Luisa"<sup>51</sup>. Es entonces cuando decide cederle a su tío Gonzalo O'Farril, que acababa de venir de Italia, toda la primera planta de su vivienda, de la calle de la Luna, reservándose para

---

<sup>50</sup> A.H.P.M. Protocolo 23183, pp. 216-219.

<sup>51</sup> Condesa de Merlin: *Memorias y recuerdos...*, p. 21-22.

ella y sus hijas la planta baja, así las dos tertulias se convirtieron en una sola<sup>52</sup>, y una de las primeras personas que vinieron a saludarla tras su vuelta fue el joven Ignacio Gálvez.

La segunda etapa debemos situarla en el contexto de la guerra de la independencia y el reinado de José I. El estallido del conflicto le sorprende en Madrid, viuda y ligada a Gonzalo O'Farrill, ministro de Carlos IV. La incertidumbre de los primeros momentos le hizo temer por su vida y la de sus hijos, de modo que, aconsejada por su tío, abandona Madrid rumbo a Vitoria. Su hija Mercedes narra todo el desplazamiento acompañándolo de las siguientes palabras: "mi madre, no obstante su posición de mujer y la independencia de su fortuna, se vió en la necesidad de salir de Madrid"<sup>53</sup>; así pues, la partida se realiza el 29 de julio de 1808 atravesando ciudades y lugares como Chamartín, donde esperaron la llegada de su tío, Miranda de Ebro y Vitoria, final del trayecto. En dicha ciudad, instalada con los O'Farrill, siguieron recibiendo a gente y cultivando relaciones, "en medio de la más viva agitación, dividida entre los placeres de la sociedad y el alerta de los campos (...) amenazados muy de cerca de una parte por el ejército de Navarra bajo las órdenes del General Cuesta, de la otra por el de Galicia que mandaba el general Blake"<sup>54</sup>. Entre los miembros de la familia y los oficiales afectos a su tío, su hija Mercedes cuenta unas dieciocho personas sentadas normalmente a la mesa<sup>55</sup> y la presencia asidua del Conde de Campo Alange que vió a Mercedes como posible esposa de su nieto. No permanecerían mucho tiempo, solo unos dos meses, para retornar a la capital, tras la instalación en el trono de José I y el nombramiento de su tío como ministro.

A su vuelta a Madrid encuentran un panorama desolador; de nuevo es su hija quien nos informa de que la mayor parte de los amigos de su madre se hallaban en el ejército o eran miembros de la Junta Central. Esto debió hacerle sentir el peso de la soledad. Dispersos sus antiguos contertulios y muchos de sus antiguos amigos, su salón entonces se abriría a personajes ligados a los españoles afrancesados y a los cortesanos del rey francés. Empero, muy pronto este renovado salón, se convertiría en uno de los más eminentes de Madrid. Dice Mercedes que en casa del tío o de Teresa se reunían la

---

<sup>52</sup> Condesa de Merlin: *Ibídem*, p. 74.

<sup>53</sup> Condesa de Merlin: *Ibídem*, p. 156-57

<sup>54</sup> Condesa de Merlin: *Ibídem*, p. 173.

<sup>55</sup> Condesa de Merlin: *Ibídem*, p. 175.

mayor parte de las personas que componían la casa real y muchos de los generales franceses residentes en Madrid como el general Dessolles; el general H.S. que, según el anterior, estaba enamorado de María Mercedes; el coronel Desprez, edecán de José I; el general Clouet y otros de los que solo indica la inicial<sup>56</sup>, además de South, Massena, Marmont, Lefebvre, Wellington y Palafox<sup>57</sup>.

Según Prieto Benavent en 1808 "era el principal salón de los afrancesados y el principal salón de la corte madrileña del rey José" donde iban Madame Bourke, Lady Holland, Cabarrús, la generala Junot<sup>58</sup>, Miguel de Azanza y muchos militares franceses<sup>59</sup>. En esa misma opinión coinciden otros historiadores como Ulrike Schmieder, quien afirma que "después de la entrada de los franceses en 1808, su salón llegó a ser el principal salón de los afrancesados que aceptaron el régimen de Bonaparte"<sup>60</sup>"Se ve allí a ministros, diplomáticos, escritores, artistas ... el Madrid de 1810, de 1811, de 1812 tiene en la residencia de la Condesa de Jaruco uno de sus centros más animados y brillantes"<sup>61</sup>.

Teresa y la esposa de O'Farrill asistían a la corte con cierta frecuencia, incluso pudieron llevar a sus hijas, que quedaron deslumbradas ante el ambiente fastuoso que presenciaron, del que pronto se convertirían en asiduas; de una de esas veladas nos ha dejado por escrito Mercedes la siguiente descripción:

"Con frecuencia éramos convidadas por el rey a comer en palacio o en la casa de campo, mansión deliciosa que dista una legua de Madrid. Aquí nos divertíamos mucho, porque la libertad del campo relajaba bastante la etiqueta. Después de comer, el rey nos hacía tomar un paseo en calesa o a caballo; por las noches nos tenía preparadas unas loterías de objetos preciosos, en que él mismo se ocupaba con gusto de sacar los números. Se sentaba entre nosotras, alrededor de una gran mesa, donde se veían colocados los presentes que nos ofrecía de una manera tan deliciosa; y al mismo tiempo que sacaba los números conversaba con tanta gracia, que nos olvidábamos de apuntarlos, y del juego enteramente. Aquella era la corte más amable que cabe en lo posible, compuesta en gran parte de

---

<sup>56</sup> Condesa de Merlin: *Ibíd.*, 207-208.

<sup>57</sup> M<sup>a</sup> V. López-Cordón: *opus cit.*, p. 117.

<sup>58</sup> La Duchesse d'Abrantes, Laura Permont, esposa del general francés Junot. La condesa de Merlin la sitúa en el salón de su madre llamándola la generala Junot. A la muerte de su marido en 1813 vuelve a París donde abre un famoso salón que congrega a importantes celebridades. Escribió sus *Memorias*.

<sup>59</sup> J. L. Prieto Benavent, *opus cit.*, p. 87

<sup>60</sup> U. Schmieder: "La Condesa de Merlin: una aristócrata e intelectual entre Francia y Cuba", en E. Scarzanella y M. R. Schpun (ed.): *Sin fronteras. Encuentros de mujeres y hombres entre América latina y Europa (siglos XIX-XX)*. Madrid. Iberoamericana, 2008, pp. 165-186.

<sup>61</sup> J. Montero Alonso: *Amores y amoríos en Madrid. De Felipe IV a Pastora Imperio*. Madrid. El Avapiés, 1987, p. 75.

damas jóvenes. Estando solo el rey, sin su familia, desaparecía la etiqueta con la urbanidad y la galantería simpáticas, tan naturales en un hombre para con las mujeres"<sup>62</sup>.

Entre las damas francesas que conoció en esos momentos, Teresa estrechó lazos de amistad con la mujer del general Jamin, hijo del Conde de Melito, que "por su edad y sus gustos era la dama más encantadora del mundo"<sup>63</sup>.

Su hija fue testigo, como ella, de los desgarros familiares que trae consigo las guerras y en sus escritos comenta la situación de soledad y desesperanza que atravesaba una parienta antifrancesa de su madre que había permanecido en el Madrid ocupado, por cuya causa solo se relacionaba con ellas sabía que no había ningún francés en la vivienda. De los tres hijos que tenía, dos eran militares, uno al servicio de José I y el otro se había puesto al servicio de los españoles, sumiéndola en la tristeza; la hija se llamaba Mariquita, era muy devota, no había querido casarse nunca para no dejarla sola mientras la madre, totalmente angustiada, estaba temerosa ante la idea de que sus dos hijos podían combatir entre sí y muriera alguno de ellos<sup>64</sup>.

En aquel ambiente, es fácil pensar que la juventud y belleza de Mercedes provocaría la aparición de algunos pretendientes, a lo que cabe añadir las intenciones del propio rey -según relata ella misma- "José I, como todos los individuos de la nueva dinastía francesa, deseaba estrechar los intereses de las familias, en los países donde gobernaba, por medio de enlaces con los franceses. El había manifestado a mi tío sus deseos de casarme con uno de los oficiales allegados a su persona; pero mi madre había negado hasta entonces su consentimiento a causa de mi familia"<sup>65</sup>. No obstante, al final se encontró al candidato adecuado en la persona del general Antoine Christophe Merlin, como se ha dicho anteriormente, ennoblecido para la ocasión con el condado de Merlín.

---

<sup>62</sup> Condesa de Merlin: *Memorias y recuerdos...*, p.225-226.

<sup>63</sup> En palabras de su hija Mercedes; vid. Condesa de Merlin: *Memorias y recuerdos...*, p.226

<sup>64</sup> Condesa de Merlin: *Memorias y recuerdos...*, p. 240.

<sup>65</sup> Condesa de Merlin: *Ibíd.*, p.261

A finales de 1811 Teresa dejó su vivienda de la calle de la Luna<sup>66</sup> para seguir a su tío, que se había trasladado a la calle de San Lorenzo para estar más cerca de palacio; como en la residencia anterior, se reservó para ella la parte baja de la casa mientras su tío se quedaba con la superior. Y cuando se muestra la enfermedad que acabaría con su vida, su hija Mercedes la llevó consigo a su casa, que tenía mejores condiciones de habitabilidad, para facilitar su recuperación, permaneciendo a su lado hasta su muerte, acaecida el 17 de abril de 1812.

Podemos concluir diciendo que Teresa Montalvo fue una mujer de su tiempo, que supo adaptarse a las prácticas de sociabilidad practicadas en la corte española del siglo XVIII, formando parte de esa cultura de la conversación que supo utilizar en beneficio propio y de su familia. Su atractiva personalidad supo expresarse en las más variadas facetas: además de brillante *salonière* fue la perfecta esposa que siempre estuvo al lado de su marido arropándolo en sus negocios y cultivando las amistades que pudieran beneficiarle; como madre nunca descuidó los deberes hacia sus hijos procurándoles una buena educación y ventajosos matrimonios. Ni siquiera el paso de los años le hizo perder sus encantos, que había derrochado en los ambientes cortesanos de Carlos IV y que, llevada por las circunstancias, con gran poder de adaptación y ciertas dosis de pragmatismo, supo desplegar en los círculos afrancesados del rey José para mantenerse en la elevada posición que había alcanzado.

---

<sup>66</sup> Algunos historiadores entre los que se encuentra José del Corral (*Casas madrileñas desaparecidas: misterios, amores e intrigas*. Madrid. Sílex, 2004, pp. 112-114) y algunos periodistas han insistido en la idea de que Teresa habitaba por entonces una casa que le había regalado José I en la calle del Clavel, entre las de Infantas y Caballero de Gracia, pero eso contradice lo que ha dejado escrito la Condesa de Merlin, que únicamente hace referencia a dos casas, una en la calle de la Luna y otra en la de San Lorenzo. Seguramente esa supuesta información forma parte de las especulaciones que atribuyen a la Montalvo haberse convertido en la amante del rey francés; leyenda alimentada, con bastante probabilidad, por el reconocido gusto de los Bonaparte hacia las caribeñas, ya que Josefina, la esposa de Napoleón era oriunda de la Martinica.